

El nubarrón epistemológico de la metamorfosis del *yo*... y la posibilidad de un *nosotros*

An epistemological fogginess of the metamorphosis of the self... and the possibility of an us

ALDANA SABRINA COLMAN RUCCO
Estudiante de Filosofía Erasmus UPAEP / USC (Otoño 2016)
aldanasabrina.colman@upaep.edu.mx
aldanasabrina.colman@rai.usc.es

RESUMEN

El tema del presente ensayo es el análisis de la confusión epistemológica de la metamorfosis del concepto de “yo” en la historia. Advierte el peligroso cambio de autoconciencia que ha tenido nuestra especie, de qué forma el ego de la especie humana trabaja silenciosamente, y cómo está bajo amenaza una concepción del “nosotros” lejos de todo individualismo y especismo. Se destaca la importancia de reinventar la noción del “nosotros” por parte del ser humano, para vernos como un conjunto armónico.

Palabras clave: metamorfosis del *yo*, autoconciencia, ecologismo, *nosotros*.

ABSTRACT

The theme of the present essay is the analysis of the epistemological vagueness of the concept of the “self” due to the metamorphosis this notion has suffered throughout history. It analyzes the dangerous change of self-consciousness that has had our species, in what way human ego works silently, and how our conception of “us” is under threat, far from all individualism and speciesism. It underlines the human need and importance of rebuilding the notion of “us”, in order to see ourselves as a harmonious whole.

Keywords: metamorphosis of the *self*, self-awareness, environmentalism, *us*.

Prólogo

A veces me siento como una turista que no puede besar la tierra; intoxicada como “la de otros”, ya no siento que pueda formar parte de ella. Me parece que el medio natural manifiesta de una forma realmente clara la incapacidad

Recepción del original: 16/11/16
Aceptación definitiva: 12/06/17

para absorber nuestras obsesiones de expansión (deshielo, peligro de extinción de cientos de especies animales, agujeros en el cielo, etcétera). Podríamos empezar a entender que salirse de Ella, de la Naturaleza, vivir sin entorno, es renunciar a grandes porciones de nuestra inteligencia y creatividad.

Quiero alejarme del tóxico monólogo y acercarme en cambio a un diálogo con el hábitat que me rodea. Necesito un lavado de cara e, incluso, un cambio de piel. Por tal motivo me gustaría, en este trabajo, permítanme la metáfora, construir una casa en un árbol, como aquella a la que renuncié al despedirme de mi infancia, para poner en las alturas a los valores de nuestra especie, lejos de la contaminación del suelo, limpios de prejuicios y de malas intenciones. Un espacio con el que, en definitiva, pueda irme por las ramas (veremos si nacen flores de los pimpollos u hongos en las raíces).

Introducción: la importancia de auto-comprendernos como especie

Algo va mal cuando las fronteras políticas se convierten en un muro que dice “no” a la persona que busca estar a salvo de las bombas en su país. Algo va mal cuando millones de jóvenes se reúnen agachando la cabeza para atrapar fantasiosos seres virtuales, en vez de levantar sus puños y reivindicar juntos una educación digna. Algo va mal cuando una mujer siente en su cuerpo los golpes de su pareja, y el miedo a más heridas no le permite denunciarlo. Algo va mal cuando los hijos tienen hambre, y les decimos con razonamientos que es culpa del desequilibrio económico internacional, y que mamá y papá están haciendo todo lo posible. Algo va mal cuando, con cinco años, una niña lleva pestañas postizas, maquillaje, tacones, una dieta estricta y desfila ante un adulto jurado con el objetivo de ganar el concurso de belleza, para el orgullo de sus padres. Algo va mal cuando hormonamos a una vaca, le sacamos a su ternero y la encerramos “el tiempo que aguante” mientras comercializamos su leche. Algo va mal cuando familias enteras son desahuciadas de sus hogares y las entidades bancarias cuelgan el cartel de “cerrado por vacaciones”. Algo va mal cuando nos asustamos por los agujeros en la capa de ozono, por el agua contaminada o por los +3 grados en el Polo Norte, y buscamos indicios de vida en Marte. Algo va mal cuando contribuimos al pago de los impuestos del lujoso vehículo presidencial, a la vez que no podemos llegar a fin de mes. Son disparates de hoy que destruyen los mañanas.

¿Conocemos las consecuencias reales de auto-comprendernos como especie y actuar conforme a ello? Nuestras ganas de darle inmortalidad al *yo* y deseo de olvidar al *nosotros* en el baúl de los recuerdos, es de alguna forma nuestra

paulatina destrucción. El ser humano se cree el centro hacia donde el resto de los seres y cosas adquieren su sentido, otorgándose una autoridad sobre ellos. El *homo sapiens* se ha vuelto arrogante, y esa autoridad debe ser puesta en entredicho, para así encontrar una armonía. El tema que desarrollaremos someramente en el presente ensayo, por considerarlo fundamental, es el breve análisis del nubarrón epistemológico de la metamorfosis del concepto de *yo*, arriesgando cuatro tiempos fundamentales y la posibilidad de un quinto.

Hay algo en nosotros permanente y esencial: nuestro ser. Nos vivenciamos regularmente como hombre o mujer y de ahí en adelante asumimos otras características: somos hijos o padres, somos de tal nacionalidad, nacidos en tal lugar y en tal fecha. A ello se le agregan otras cualificaciones ulteriores, como los roles que jugamos en la sociedad. Si bien, es inevitable y necesario que asumamos todos esos roles, nada de eso es lo que primariamente somos. Nos atrapamos por estas determinaciones, y tendemos a cortar el vínculo con nuestro ser.

Nuestro ser tiene la característica de la historicidad y esto significa que va padeciendo una metamorfosis en el tiempo; como esa mariposa que en cierto día primaveral se echa a volar, después de un largo y frío invierno. Los cambios de diferenciación celular que ocurren en este insecto están generalmente asociados a cambios de comportamiento y de hábitat. Al abandonar su crisálida, la mariposa adulta es frágil, delicada, con alas pequeñas y húmedas. Tan sólo unos minutos después las estira y fortalece totalmente, preparada ya para desarrollar su existencia.

La mariposa monarca nace para volar, y sabe por el cambio en el clima que debe prepararse para su prolongada travesía. Realiza una *migración*, y hará un único viaje de ida y vuelta. Para cuando comience la migración invernal del año siguiente, varias generaciones de verano habrán vivido y muerto, y serán los tataranietos de los migradores del año pasado los que realicen el viaje. Sin embargo, las nuevas generaciones conocen el camino. Siguen las mismas rutas que sus ancestros y en ocasiones vuelven incluso al mismo árbol.¹

Al animal humano esta economía de supervivencia nos la proporciona la cultura y no el instinto: enseñamos a nuestros bebés cómo comunicarse adecuadamente, qué alimentos ingerir, de qué se trata un buen comportamiento, etc. Pero, a diferencia de la bonita criatura alada, sabemos que nuestra vida no es un vuelo en línea recta de ida y vuelta, y no estamos listos para echar a volar tan rápido. Nos vamos definiendo por determinados factores socioculturales, y adquirimos diferentes conocimientos absorbidos del entorno. A partir de la auto-comprensión vivimos, actuamos *por*, *con*, *para*, y *contra*. Necesitamos de al-

¹ Bioenciclopedia, "Mariposa monarca", (2013), <http://www.bioenciclopedia.com/mariposa-monarca/>

gún imaginario acerca de nuestra persona, relativo a quiénes y qué somos. Esto permite la comprensión y el peso que tuvieron y tienen las vinculaciones de los humanos con el derredor, y de cómo se interiorizó el mundo circundante.

1. Tiempo del *yo holístico*

Podemos decir de forma fiable que algunos de los primeros pensamientos de los humanos fueron en la dirección de tener muy en cuenta el ámbito, aunque fuera por sobrecogimiento con este gran desconocido. En aquella realidad fundamentalmente prehistórica, dominó el *yo*, la primera persona del singular, pero no en el sentido actual que podemos imaginarnos sin mucho esfuerzo, en que la devastación del ego forma parte de nuestra cultura. Lejos de estar contaminado por la individualidad, al hablar de este yo no identificamos todavía el singular: todo era *yo*. No había, en nuestra opinión, una identificación de la naturaleza como algo que se nos antojase diferente a nosotros, y nos entendíamos como un único ser.

Muchas veces nos encorsetamos académicamente y afirmamos que la φιλοσοφία, ese amor por la sabiduría que no acabamos de explicar muy bien, empieza con los presocráticos, o con muchos pensadores orientales del tao y del karma. Sin embargo, hubo (y continúa habiendo) un pensamiento primitivo, una Filosofía de transmisión oral realmente atractiva y significativa para el ecologismo, que a muchos nos gustaría transmitir en nuestros días.

En varias culturas aborígenes australianas se usan palabras que funden el continente y el contenido. Lo que significa que al expresarse definen muchos elementos con un único vocablo, por ejemplo, un árbol, sus ramas, hojas, frutos, raíces y animales que viven con y de ese *yo*. Aunque para nosotros sería inexplicable que denomináramos con una única palabra a tantos elementos diferentes, tenemos que ser capaces de comprender que las palabras son formas de apropiación que han separado realidades, como veremos brevemente en los siguientes apartados de este pequeño ensayo.

Un bonito aspecto del pensamiento primitivo es el mito. Mircea Eliade señala acerca de ellos: “no sólo relatan el origen del mundo, de los animales, de las plantas y del hombre, sino también todos los acontecimientos primordiales por los que el ser humano ha llegado a ser lo que es, es decir, un ser mortal, sexuado, organizado en una sociedad [...]”² El mito, además, da pautas y sugerencias para la imitación de la creatividad de la propia Naturaleza,

² ELIADE, MIRCEA, *Aspects du mythe*, París: Gallimard, 1963, pp. 21-22.

propicia su respeto. Buena parte de los mitos son proposiciones de mantener la armonía del cosmos y mantenerse dentro de ella. Por supuesto, por la vía de una sacralización. No se trata para nosotros de regresar al pensamiento mítico, pero podríamos apreciarlo para calmar el destructivismo...

Otro de los aspectos del pensamiento primitivo que estimamos fundamental es el que tiene que ver con la paz. Un esquema mental muy aceptado, y hasta hecho *marketing* por la cultura europea occidental, se ha esforzado por mantener que ser agresivo es la clave de la evolución y que la guerra es un aspecto inevitable, por ser una de las esencias del comportamiento humano: "metafóricamente hablando, entonces, podríamos decir que es la guerra la que, a través de los hombres, y sirviéndose de diversos recursos persuasivos como la apelación a la identidad masculina, se ha hecho propaganda, para perpetuarse".³ Nos parece cierto, pero no absoluto. Hay un número considerable de culturas primitivas, entre ellas los esquimales, que, como señala el psicoanalista y psiquiatra Anthony Storr, nunca hicieron guerra: "La cultura esquimal es una de las pocas sociedades registradas por la literatura etnográfica que jamás ha estado en guerra [...]. Los esquimales no defienden territorio alguno ni tienen conflictos en este aspecto. No son posesivos; en realidad, todo lo contrario".⁴

Son grandes pacifistas activos, que están desapareciendo no porque así lo deseen. Sí es posible derribar la creencia en la inexorabilidad del conflicto bélico, pues han existido formas de pensamiento y conductas (a las que se suma el budismo en su origen) que lo han cortado de raíz. Parece que se dio en el tiempo una cultura no competitiva, no agresiva, no bélica, basada en una afirmación y exaltación de la alegría de estar vivos. La consecuencia de todo ello se parece demasiado a una utopía que sí encontró un tiempo y un lugar para realizarse, ya que esa cultura se resolvió con paz, igualdad y prosperidad. Tampoco se trata de recuperar viejos cultos, sino de analizar las consecuencias de ciertas actitudes, por si nos gustan o nos sugieren algo. El tiempo es irreversible, cierto. Pero puede que hasta sea capicúa.

2. Tiempo del tú

Hubo una larga era en que se consideró al universo vivo como un amable interlocutor con el que, por tanto, se usó preferentemente la segunda forma

³ HUICI, Adrián, "De asesinos natos a guerreros programados", en *Culturas de guerra: medios de información y violencia simbólica*, Madrid: Cátedra, 2004, p. 63.

⁴ STORR, ANTHONY, *Sobre la violencia*, Barcelona: Kairós, 1973, p. 124.

de los pronombres. Un tuteo que significa el empezar a tomar conciencia de un “algo” diferente: la naturaleza. *Tú* es el que permite dialogar. Tras la fusión del yo presentada anteriormente, el siguiente escalón de mi pretenciosa escalera al cielo, nos lleva a un mundo que es abordado como interlocutor, como segundo pronombre en singular. Fue una época, a nuestro juicio, en la que nos sentamos tranquilos y curiosos a charlar un buen rato con el cosmos, objetivando y diferenciando entre nuestra realidad humana y eso *otro* circundante para aprender de él.

Las grandes civilizaciones de la antigüedad, todo el pensamiento filosófico presocrático y las doctrinas filosófico-religiosas del lejano oriente, podrían ser enmarcadas en el tiempo del tú: nuestro entorno es la mejor opción para tener una conversación que nos ayude a comprender y comprendernos. Por una parte, el Taoísmo comienza a existir como filosofía a partir de las palabras que Lao Tsé (figura envuelta en el misterio) plasmó en su *Tao Te Ching*. El Tao es la fuerza motriz de la naturaleza, es el camino que da sentido a la vida, ordenando la vida de los seres humanos para mantenerse en armonía con el orden natural del universo.⁵ Observa la naturaleza y la comprende como algo distinto al yo, pero no por eso la discrimina, sino que propone una vida de acuerdo con los principios de funcionamiento de la Naturaleza. Entiende que la finalidad de la vida es estar en acuerdo con el cosmos, e incluso va más allá: pretende una unidad íntima con él. Por la práctica taoísta se puede llegar, además, “al estado de inmortalidad y solucionar el gran acontecimiento de la vida y de la muerte”.⁶ Para taoístas y poetas parece claro que la voluntad de poseer, la codicia, hace olvidar el tuteo negativo, hace recordar que al interlocutor no hay por qué derrotarlo.

Cerca del taoísmo está el budismo. Del ideario del Gautama hay que nombrar por lo menos dos aspectos fundamentales. Su primer mandamiento es el respeto a todas las formas de vida. En consecuencia, algo íntimamente emparentado con la más conocida y reconocida faceta del pensamiento ecológico, la que propugna la conservación de la biodiversidad, y el rechazo de una única primera persona del singular:

Por supuesto, nuestro egocentrismo –nuestro apego distintivo al sentimiento de un “yo” independiente y autoexistente– funciona fundamentalmente para inhibir nuestra compasión. De hecho, la verdadera compasión solamen-

⁵ VERDÚ VICENTE, FRANCISCO TOMÁS, “El taoísmo y su influencia en la medicina china”, en *Medicina naturista*, núm. 6, 2012, p. 49.

⁶ TIAN CHEN YANG, *Conocer el taoísmo*, Barcelona: Kairós, 2003, p. 13.

te puede ser experimentada cuando se elimina esta clase de autoconvencimiento.⁷

El Dalai Lama indicó en el comienzo de una de sus obras que:

a fin de cuentas, la humanidad sólo es una, y este pequeño planeta es nuestro único hogar. Si deseamos proteger nuestro hogar, cada uno de nosotros necesita experimentar un intenso sentido de altruismo universal. Solamente este sentimiento puede despojarnos de los motivos egocéntricos que hace que las personas se engañen y se hagan daño mutuamente.⁸

Su ética es la del no infligir sufrimientos a lo viviente, y menos la muerte. Algo muy similar defiende el *Aikido*, antiguo arte marcial japonés presentado por el profesor José Ricardo Sánchez Baudoin, el cual es una apuesta por la búsqueda del amor-armonía con nosotros mismos y nuestro entorno, siendo esta intención su principal filosofía.⁹

El budismo ha encarado mejor que ningún otro sistema de pensamiento el crucial problema filosófico de todos los tiempos: la muerte. Entiende que a los contrarios hay que absorberlos, fundirlos, no aniquilarlos. Por lo mismo, la muerte es la materia prima de la vida por venir. El miedo a la muerte, del que ahora vivimos la más radical representación —paralela, por cierto, a la paradoja de que en nuestro sistema lo muerto tiene muchísimo más valor económico que lo vivo—, siempre ha marchado en paralelo a la escisión entre lo humano y lo natural.

Por otra parte, los filósofos griegos, y destacadamente los presocráticos, nos abrieron casi todas las puertas del pensamiento, pues dejaron los resquicios de las futuras innovaciones filosóficas. Eran, como ya sabemos, los llamados “filósofos de la naturaleza”, pues se interesaban por sus procesos y cambios. Anunciaron, como Anaximandro o Empédocles, el principio de la evolución biológica. Tales descubre la responsabilidad del agua en todos los procesos vitales. El fluir de Heráclito se adelanta a las leyes de la física y de la ecología. Pitágoras sostiene que la armonía rige la Naturaleza, Anaxímenes sitúa en el aire el primer principio y no distingue entre alma y vida, etc. Hay que recordar simplemente que el pensamiento presocrático es esencialmente una colección de filosofías de la Naturaleza y entiende que la cercanía entre el hombre y su derredor físico es fundamental. Este es un tiempo, en definitiva,

⁷ DALAI LAMA, *En mis propias palabras. Introducción a mis enseñanzas y filosofía*, Estados Unidos: Hay House, p. 13.

⁸ DALAI LAMA, *En mis propias palabras...*, p. 19.

⁹ SÁNCHEZ BAUDOIN, JOSÉ RICARDO, “La filosofía del Aikido”, *Seminario de Arte y cultura, Periódico Síntesis*, núm. 692, 2007, p. 5.

en el que estamos nosotros y somos conscientes de la naturaleza, sin estar todavía en un *ring* de combate.

3. Tiempo del *ello*

Encima del templo de Delfos había una reconocida inscripción que decía: “¡Conócete a ti mismo!”,¹⁰ significando que el ser humano nunca debe pensar que es algo más que un ser humano. Platón y Aristóteles fueron los dos pensadores que con más ahínco siguieron este aforismo, añadiéndole además un: “y a todo lo que te rodea”. Mientras que Platón sospechó fuertemente de la veracidad de los sentidos y sus misterios para darnos a conocer el mundo circundante, Aristóteles fue más simpatizante con la idea de que lo que hay en el alma del ser humano “son meros reflejos de los objetos de la naturaleza; es decir, la naturaleza es el verdadero mundo”.¹¹ Se ganó además también su condición de científico, pues realizó de la naturaleza largos estudios.

Posteriormente se trastoca la vinculación con lo natural, al aparecer, con contundencia en la historia del pensamiento humano, lo ilimitado. Esto es, lo que excede y sobrepasa la realidad corpórea y al entorno. El ser humano se despega de la Naturaleza. Los fundadores del actual pensamiento occidental nos sitúan fuera del mundo por vía de abstracciones y finalmente consideran que lo que miramos está puesto ahí exclusivamente para nosotros. De aquí suele extraerse una ilimitada licencia para destruir. Empiezan a separar, a crear la gran sima entre el cuerpo y el espíritu; entre el ser humano y Ella.

Lo que miramos ya está mudo o, por pertenecer a otra categoría inferior, se rechaza el término del diálogo y comienza la soledad. Nada ha cambiado tanto la idea del mundo como el idealismo. Y sus responsables lo hacen, curiosamente, cuando al mismo tiempo aportan algo que es fundamental para el pensamiento ecológico: la percepción de las secuelas de tal ruptura en el medio natural. Platón fue uno de los primeros en dar cuenta de las degradaciones ambientales, como lo refleja la siguiente cita de Niall Binns:

En comparación con lo que entonces había, sólo quedan los huesos del cuerpo consumido [...]. Todas las partes más ricas y blandas del suelo se han escurrido, y permanece el mero esqueleto de la tierra. Pero en el estado pri-

¹⁰ GAARDER, JOSTEIN, *El mundo de Sofía: novela sobre la historia de la filosofía*, Oslo: Siruela, 1991, p. 61.

¹¹ GAARDER, JOSTEIN, *El mundo de Sofía*, p. 119.

mitivo del campo, sus montañas eran cerros altos cubiertos de humus [...] y hubo leña abundante en los montes.¹²

Del periodo del *tú* se pasa al del *él*, o mejor, al del *ello*. La metafísica logra que el paisaje interior sea mucho más importante que el todo físico, que el paisaje exterior, y que, además, lo modifique hasta la completa dependencia actual. A propósito de esta cuestión de lo ajeno, la doctora en Filosofía Silvana Rabinovich afirma que “se trata de pensar al sujeto como sujetado al otro [*ello* en este trabajo], una especie de arribista que se sabe usurpador del tiempo y la lengua del otro. Ni siquiera la muerte es ‘propia’: nadie se entierra a sí mismo”.¹³

Ya no son las ideas quienes dictan y componen la realidad, lo hacen sub-productos de las ideas como el dinero, el crecimiento que no percibe sus raíces, ni sus límites, la comunicación que distancia... Con la peculiaridad de que el predominio de los esquemas mentales se impone sobre todos los paisajes y todas las culturas, hasta el punto de que el pensamiento europeo occidental se ha convertido en la maquinaria más veloz y eficaz de transformación del mundo. Se inicia el gran análisis, el coleccionismo de definiciones, de exclusiones. Etapa que, en cualquier caso, abre infinitas posibilidades y que, por supuesto, es patrimonio del que formamos parte. Acaparadora, sí, pero incapaz de silenciar del todo la voz de la Naturaleza. Porque aquel tuteo con el cosmos va a ir reapareciendo aquí y allá a lo largo de estos últimos veintitrés siglos. Y cada vez que lo hace, casi invariablemente encontramos a un antecesor del pensamiento ecológico.

Los caminos que se bifurcaron con los pensadores griegos son al mismo tiempo encontrados y más dramáticamente separados en la época renacentista. De hecho, buena parte del pensamiento de los siglos XV y XVI se basa en una recuperación del amor a la vida, de la contemplación de la Naturaleza, de estudio de los periodos clásicos y de una imponente emergencia del arte. Pero a la vez, se consolidan los valores propios de nuestra época: el individualismo, la empresa expansiva que colonizaría a todo el planeta sin respeto a lo que le precedía: el mecanicismo que abre todavía más la herida, que hasta rompe los puentes entre esta y la cultura, es el periodo de lo puramente científico, con lo que también se agrandan las diferencias entre lo humanístico y lo científico.

¹² BINNS, NIALL, *¿Callejón sin salida? La crisis ecológica en la poesía hispanoamericana*, Zaragoza: Prensas Universitarias de Zaragoza, 2004, p. 1.

¹³ RABINOVICH, SILVANA, “Heteronomía y porvenir”, en *Lo otro*, México: Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura, 2006, p. 22.

4. Tiempo del *yo individual* vs la posibilidad de un tiempo del *nosotros*

El egocentrismo nos resulta un claro rasgo epistemológico. Es un referente a cómo se conoce la realidad, a cómo se construye el conocimiento. El sujeto epistemológico no diferencia su punto de vista y la forma que tiene de funcionar de lo que le rodea, ya se trate de la realidad física, psicológica o social. El individuo se sitúa frente a la realidad y toma conciencia como de algo distinto a ella. Lo peligroso es que también lo hace como algo superior.

Una de las dimensiones más importantes de nuestra crisis es el aumento del poderío técnico, que, al dotarnos de una capacidad de intervención y transformación de la biosfera, altera radicalmente nuestra relación con ella. El ser humano pasa de estar sometido a una naturaleza incontrollable, a tener en sus manos el destino del planeta entero y de todos los vivientes que en él habitan. Nos convertimos en esclavos que echan de menos sus cadenas: obsesionados, modificamos quirúrgicamente nuestro cuerpo, lo maquillamos, escondemos partes de él que no nos gustan, lo enfermamos con dietas y sacrificios absurdos. Perseguimos con ansia el sueño americano, rechazando soñar lo nuestro y renunciando a nuestra magia personal. Buscamos la amistad de Don Dinero, olvidando que es sabio el jardinero por plantar sus propias flores. Como humanos, nos idolatramos, sin importar el costo que supone para los demás o para la Naturaleza. Nos vestimos con las conquistas, la dominación y las ganancias, no tenemos en cuenta a nuestra realidad circundante; ella es un medio para nuestro fin, demasiadas veces hedonista.

Frente a esto, cabe hacernos la pregunta de si es posible coexistir en una biosfera armónica, dando lugar a un tiempo del *nosotros*. Ya no estamos propiamente en el tiempo del *yo holístico*. En la contingencia del *nosotros* aparece la comprensión: el ser capaces de entender que nada es de todos, sino que el todo es de nadie, y que deberíamos convivir siempre con agradecimiento a la vida. El planeta, la vitalidad y las especies somos un *nosotros*, que, a pesar de las numerosas corrientes antiespecistas, ecologistas y sociales, está aún lejos de hacerse real. El doctor en Sociología José Joaquín indica que:

mientras que los temores de ayer, hace mil años, nacían de las calamidades y la impotencia del conocimiento, los miedos de hoy, en cambio, son los del capitalismo tardío, de la alta modernidad, de una civilización dominada por el conocimiento y la comunicación [...]. Tienen que ver por eso, ante todo,

con la sensación de riesgo que generan nuestros complejos sistemas expertos, globales y altamente sofisticados.¹⁴

Aunque la terminología es relativamente nueva, el concepto de globalización es en verdad antiguo: se trata de una saga continua de mercados cambiantes y de culturas que se mezclan. Es un intercambio mundial de productos, animales, plantas, personas, tecnologías e ideas con el que en nuestra opinión hay que tener cuidado. La brecha que separa a los ricos de los pobres es cada día mayor, el poder de decisión está cada vez en menos y más sucias manos, las ricas culturas locales desaparecen, la biodiversidad se está extinguiendo, aumentan las tensiones regionales, el medioambiente se enferma, crece un sistema económico mundial que se alimenta de todo, olvidando las necesidades de las personas y comunidades. Teléfonos móviles, internet, bombas atómicas, neveras, automóviles, aviones, armas nucleares. ¿Y el equilibrio, justicia, armonía, amor, igualdad, tolerancia, reparto equitativo de riquezas? ¿No es esto lo que pretende la globalización en sus orígenes?

Como señala Jorge Riechmann, filósofo y ecologista, en su ensayo *Todos los animales somos hermanos*, los problemas que plantea la consecución de la paz y la justicia en la era nuclear, la protección de la biosfera en la era de la crisis ecológica planetaria, la desigualdad social en la era de la mundialización de la economía, a menudo se han situado en el primer plano de las reflexiones de pensadores como José Ferrater Mora, Hans Jonas, Hannah Arendt o Günther Anders.¹⁵ Los tratamientos teóricos de las diferentes crisis son numerosos, pero a la realización práctica le queda mucha montaña que subir. La humanidad está, aunque despertando de su sueño, todavía muy dormida, creemos, para poder hablar de un verdadero tiempo del *nosotros*.

¿Por qué no decir clamor, por políticos comprometidos con el pueblo, defensores y consecuentes con un bien común real, y no comúnmente elitista? Clamor, por educadores conciencizados con las generaciones futuras, de futuros limpios y puros, no puramente esbozados. Clamor, por el fin de las promesas nacidas de la hipocresía, no vendamos la alegría como tormentas con soles; solamente clamor por no sentirnos inferiores, ni hacernos superiores frente a quienes no tienen voz, pues les impusimos el silencio. Clamor por una reflexión transparente que llegue a toda la gente en *pro* de nuestro equilibrio, que nuestro corazón no sea de vidrio y vuelva frágil el amor. Clamor por descubrir el peligro del academismo, todos somos lo mismo y debemos saber qué ocurre, sin letra pequeña a pie de página. Clamor por *nosotros*. Cla-

¹⁴ BRÜNNER, JOSÉ JOAQUÍN, *Globalización, cultura y posmodernidad*, Santiago de Chile: Fondo de Cultura Económica, 1999, p. 8.

¹⁵ RIECHMANN, JORGE, *Todos los animales somos hermanos: ensayos sobre el lugar de los animales en las sociedades industrializadas*, Madrid: La Catarata, 2005, p. 29.

mor, por terminar con la pereza, por llenar de miedo otros cuerpos mientras disfrazamos al nuestro de valentía; por, sobre todo, dejar de sentirnos no-responsables hasta que es cortado el cable de nuestra libertad.

La reflexión sin la práctica queda absolutamente desnuda. Influye usted desde su escritorio, influye nuestra mamá con sus consejos, influye el velo de una mujer en Siria, influye el sueño en la torre de control del aeropuerto chileno, influye nuestro papá con sus correcciones, influye el surfista de Baja California e influye el grupo de ayuda que tiene Donald Trump, que ha hecho de este millonario conservador de derechas el 45 presidente sólo de los Estados Unidos, pero con lamentables cambios en todo el mundo. Influye, en mayor o en menor medida. Todos somos. Cada gesto cuenta.

Pero, queridos lectores, es entendible: ¡qué buena amiga es la Comodidad para enajenarnos de los problemas, y qué triste romper con la tradición de nuestro aliado Egoísmo!, ¿o no? Desde el confort de nuestra casa sin lluvia y paredes firmes, nada tenemos que ver con el niño del estómago vacío desde hace tres días en el barrio vecino, ¿o sí? No es nuestra culpa la tala de 12 hectáreas de árboles en la selva amazónica para diseñar unos muebles más bonitos a la vez que nos quitamos oxígeno, ¿o sí? Nada nos relaciona con las familias desahuciadas en el sur de otro continente por impago de su alquiler, ¿o sí? No está en nuestras manos que millones de animales mueran desangrados, aturdidos o electrocutados, porque nosotros solamente compramos el limpio “alimento” envasado al vacío en una de las góndolas del supermercado, ¿o sí? Cada gesto *sí cuenta*, queramos o no admitirlo. Así lo refleja Loren Eiseley, antropólogo, ecologista y poeta con una pequeña anécdota:

Cierto día, caminando por la playa, reparé en un hombre que se agachaba a cada momento, recogía algo de la arena y lo lanzaba al mar. Hacía lo mismo una y otra vez. Tan pronto como me aproximé me di cuenta de que lo que el hombre agarraba eran estrellas de mar que las olas depositaban en la arena, y una a una las arrojaba de nuevo al mar. Intrigado, lo interrogué sobre lo que estaba haciendo, a lo cual me respondió: —Estoy lanzando estrellas marinas nuevamente al océano. Como ves, la marea es baja y estas estrellas han quedado en la orilla, si no las arrojó de nuevo al mar morirán aquí. —Entiendo (le dije). Pero debe haber miles de estrellas de mar sobre la playa. No puedes lanzarlas a todas, son demasiadas. Y quizás no te des cuenta de que esto sucede probablemente en cientos de playas a lo largo de la costa... ¿No estás haciendo algo que no tiene sentido? El nativo sonrió, se inclinó y tomó una estrella marina y mientras la lanzaba de vuelta al mar me respondió: —¡Para ésta sí lo tuvo!¹⁶

¹⁶ *Anécdotas del alma*, comentarios por Claudio María Domínguez y Eliana Bernattá, Córdoba: Brujas, 2006, p. 103.

Conclusión

Desde sus orígenes, el ser humano siempre ha intentado conocer la Naturaleza, ya que de ello dependía su supervivencia. Usó y usa la naturaleza para satisfacer sus necesidades, pero también es cierto que, lamentablemente, muchas veces abusa de ella y acaba destruyéndola. No poseemos derechos absolutos sobre la naturaleza, sino que debemos administrar sus recursos naturales en un marco de respeto hacia la realidad natural en sí misma considerada y hacia las generaciones futuras. Destruirla, no respetar su riqueza, dinamismo y leyes, equivale a no respetar al animal que ha de vivir en ella.

La arrogancia del animal humano de considerar su capacidad de servirse de su imaginación y ver más lejos en el tiempo que cualquier otra especie viviente, como prueba de su superioridad, le dio la sensación de que todo el universo había sido creado para él y estaba a su servicio.

Gary Snyder señaló que:

formamos parte de la naturaleza: hay que volver a situar al ser humano dentro de los ecosistemas. Somos un fragmento de la biosfera, pero el único que está dotado de conocimiento y responsabilidad. Es necesario por ello equilibrar el sentimiento de pertenencia a la naturaleza con el sentimiento de excepcionalidad del ser humano dentro de la naturaleza. Se trata de un equilibrio que hay que reconstruir continuamente.¹⁷

Esperamos que un buen día la humanidad despierte y se desperece, y resulte ser otra: que surja una nueva concepción antropológica y epistemológica, que experimente una real metamorfosis. Que estemos en el mundo sin ser de él, y no hagamos de él algo nuestro.

¹⁷ SNYDER, GARY, *La mente salvaje*, Madrid: Árdora, 2000, p. 81.